

Las alianzas latinoamericanas a la luz de las corrientes realistas de las Relaciones Internacionales: supuestos, contrapuntos y alternativas

Nicolás Comini

Introducción

Todo pareciera indicar que, efectivamente, América Latina se encuentra en una etapa de reconfiguración. La abrupta renuncia de Pedro Pablo Kuczynski en Perú viene de la mano de la salida “transitoria” de seis de los países de la Unión de Naciones Suramericanas y de elecciones presidenciales en actores claves del subcontinente como México, Costa Rica, Cuba, Paraguay, Venezuela, Colombia y Brasil. A estas se suman las del año 2019, que incluyen desde Argentina, Bolivia y Uruguay hasta Guatemala, Panamá y El Salvador ¿Cómo puede leerse lo que está sucediendo en la región? ¿Se encuentra atravesando un ciclo de fragmentación? ¿O se trata, más bien, de un proceso natural en el que las alianzas regionales están sufriendo los cambios políticos al interior de los Estados? Lejos de presentarse como una versión consumada, este capítulo se limita a introducir una interpretación generalista sobre el estado actual de la integración regional en Latinoamérica, a la luz de las corrientes realistas estadounidenses de las Relaciones Internacionales y a proponer alternativas a ese tipo de perspectivas.

En ese marco, puede afirmarse que la materialidad es, sin dudas, constructora de sentido. Sin embargo, la carga que los conceptos reciben también va moldeando la realidad o, al menos, ciertas interpretaciones que se tienen sobre ella. La delicada situación que atraviesa la integración regional (que implica una multiplicidad de alianzas intervinientes) en el subcontinente requiere ser cuidadosos con la carga impuesta sobre una sensible noción que ha sido ampliamente problematizada (Tokatlian, 2012; Malamud, 2012; Deciancio, 2016). La rigidez conceptual conlleva ataduras, y estas últimas motivan la necesidad de prestarle atención, fundamentalmente, a los extremos.

La limitación de ciertas miradas (que aquí serán denominadas descorporeizadas y descontextualizadas) explicita la necesidad de enfoques que eviten recaer en diagnósticos y tratamientos lineales. Más allá de la polarización existente, tanto en lo práctico como en lo teórico, se torna necesario trascender la dimensión retórica de la integración, en sus versiones tanto optimistas como apocalípticas. Se busca, así, intentar identificar los matices; los puntos subyacentes de proyectos que, por su complejidad, reclaman trascender el análisis de lo inmediato.

Por esa razón, captar los matices de la actual coyuntura requiere apelar al desarrollo de perspectivas flexibles desde el punto de vista conceptual. Las alianzas regionales (que por momentos desembocan en denominados bloques de integración regional) constituyen, ya sea como medio o como fin, un elemento presente en el discurso de proyección internacional de cualquier país de América Latina. Un elemento que, además, ha sido históricamente presentado como una herramienta clave para contribuir a contener o superar las potencialidades de conflicto (Serbin y Ugarte, 2007). Asimismo, incluso cuando en esta etapa pueden percibirse evidentes fuerzas que presionan hacia la divergencia, también existen otras que impulsan en el sentido de la convergencia.

Existen debates ricos e inagotables en torno a ese escenario: integración o cooperación (Malamud y Schmitter, 2011); nuevo o viejo regionalismo (Hettne y Söderbaum, 1998 y 1999; Fioramonti, 2012; Söderbaum, 2016; Deciancio, 2016); regionalismo abierto, post-hegemónico (Riggirozzi y Tussie, 2012; Legler, 2013) o post-liberal (Sanahuja, 2010 y 2012); racionalización o ideologización (Vivares, 2016); multilateralismo complejo o sui-generis (Serbin, 2012); superposición institucional como ventaja (Hofmann y Mérand, 2012; Nolte y Comini, 2016) o como debilidad (Malamud and Gardini 2012; Gómez-Mera, 2015); opciones reducidas o mundo multiplex (Acharya, 2017; Peña, 2017). Ellos declaman una muestra representativa de la amplitud de temáticas vigentes. Asimismo, evidencian la necesidad de analizar los procesos de creación e implementación de las políticas regionales con verdadera capacidad de incidencia.

Es justamente esta etapa transicional la que abre la cartera de oportunidades que cierra el pesimismo de perspectivas como las que serán exhibidas en el próximo apartado. Desde Donald Trump propagando su proteccionismo hacia dos áreas de enorme sensibilidad para algunos de los países de la región (acero y aluminio) e incrementando las tasas de interés en Estados Unidos, hasta el Reino Unido en un laberinto que parece tornarse día a día más complejo, a China proyectándose apoyada por la posibilidad de una reelección indefinida o al “Rusia primero”

que le dio a Vladimir Putin el 76 por ciento de los votos. El panorama muestra un contexto internacional que podría ser profundamente capitalizado por la región, incluso cuando el pulso parece indicar que la tendencia marcha en sentido contrario.

A tales fines, el capítulo se compone de tres secciones centrales. La primera de ellas se concentra en lo que aquí se denomina enfoque “descorporeizado y descontextualizado”, tomando como marco de referencia la explicación que sobre la integración regional brindan tres corrientes realistas estadounidenses: la clásica, la estructural y la ofensiva. Una segunda sección se concentra en intentar brindar una aproximación alternativa, que demanda contextualizar y corporeizar el estado actual de las alianzas en Latinoamérica. A partir de allí, se problematiza cómo emergen, de qué manera se expresan y por qué se erosionan esas alianzas regionales, muchas de las cuales son (auto) asumidas como propuestas de integración regional. Finalmente se presentan conclusiones preliminares, que, lejos de intentar brindar respuestas, pretenden exponer ciertos interrogantes en torno a los matices que el examen de la integración regional actual demanda.

Descorporeización y descontextualización de la integración latinoamericana en las Relaciones Internacionales: el realismo estadounidense como caso ilustrativo

La convergencia de ciertos criterios comunes de temporalidad y espacialidad ha dejado su huella en las ciencias sociales en general, y en la disciplina de las Relaciones Internacionales en particular. Esta dinámica de lugar a lo que aquí se llaman enfoques “descorporeizados y descontextualizados”, que perviven en la edificación de variados marcos teóricos que (tanto en calidad de opuestos como de complementarios) han buscado comprender las diferentes dinámicas que atraviesan al sistema internacional. Paul Viotti y Mark Kauppi (2012) aseguran que los teóricos del sistema internacional tratan de hacer al mundo y a las interacciones humanas dentro de él más inteligible. Siguiendo esta línea, debe reconocerse que existe la tendencia disciplinar a agrupar a las teorías de las Relaciones Internacionales bajo la lógica de los paradigmas de Thomas Khun, según la cual aquella evidencia que cae por fuera del marco dominante debe ser considerada “incommensurable” y puede, por lo tanto, ser “ignorada” (Walker, 2010).

El “realismo” se destaca entre las diferentes perspectivas dominantes de la disciplina, incluso cuando su aplicabilidad en los procesos de integra-

ción en la región ya ha sido puesta en cuestión en diferentes ocasiones (Borja Tamayo, 1996; Hurrell, 1996) y a pesar de que, para ser justos, existe una amplia gama de “realismos”. También podría señalarse que han sido muchos aquellos que se han esforzado por clasificarlos de alguna manera siguiendo la lógica de los supuestos paradigmáticos. Tal fue el caso de Glenn Snyder (2002) quien argumentaba que podían distinguirse al menos dos tipos de realismo estructural, tres tipos de realismos ofensivos y numerosas ramas de realismo defensivo. Tres años más tarde, Brian Schmidt (2005), analizando las concepciones realistas acerca del poder, diferenciaba al realismo clásico, del realismo estructural - al que subdividía en defensivo y ofensivo -, del realismo modificado. Por su parte, Liu Feng y Zhang Ruizhuang (2006) identificaban una serie de dimensiones a partir de las cuales el realismo podría ser clasificado: la unidad de análisis y los tipos de variables independientes, las variables dependientes y los supuestos teóricos. En cuanto a la unidad de análisis y las variables independientes, mencionaban tres posibilidades esenciales, derivadas del trabajo de Kenneth Waltz (1959) *El hombre, el Estado y la Guerra*: el realismo centrado en la “naturaleza humana”, el “realismo estado-céntrico” y el “realismo sistema-céntrico”. Respecto de las variables dependientes, distinguían a las corrientes realistas según éstas fueran teorías de la política internacional o teorías de la política exterior. Al respecto, asociaban al denominado “realismo estructural” a las primeras, mientras que incluían entre las segundas al “realismo neoclásico”. En cuanto a los supuestos teóricos, distinguían a los realismos “defensivos” de los “ofensivos”. Asimismo, mencionaban que existía una división entre el “realismo del balance del poder” y el “realismo hegemónico”, aunque esta última no era tenida en cuenta por los autores como una dimensión relevante para clasificar los diferentes tipos de realismo.

Hasta aquí se han mencionado tan sólo algunas pocas de las tantas clasificaciones posibles del realismo estadounidense. Durante los últimos años han seguido surgiendo intentos catalogadores del realismo, tales como los presentados por M.S. John (2005), Michael Williams (2005), Duncan Bell (2008), Michael Freedon (2012), Jason Maloy (2013), Henry Nau (2014), Andreas Jacobs (2014), o John Bew (2018). Aunque a los fines de este capítulo se abordará exclusivamente la cuestión de las alianzas, tomando como objeto de estudio central a la idea de *integración regional*. Se arrogará que dicho concepto es construido de forma descorporeizada y descontextualizada desde las que aquí - por su alto impacto en los estudios internacionales - son consideradas las tres aristas realistas estadounidenses fundamentales: la *clásica*, la *estructural* y la *ofensiva*. Se considera que, si se siguiera cualquiera de estas corrientes, el análisis del estado de situación de la asociatividad

(o la propia integración) en América Latina partiría de suposiciones del mismo calibre, haría hincapié en similares actores, indicadores y hechos y llegaría a conclusiones de parecido tenor.

La integración desde el realismo clásico

Para justificar tal afirmación, se comenzará por describir la concepción que del Estado plantea quien es considerado uno de los padres del realismo político clásico estadounidense en las Relaciones Internacionales: Hans Morgenthau. Desde su perspectiva, el sistema internacional, caracterizado por la anarquía desprendida de la ausencia de una autoridad central legislativa con poderes coactivos, demarcaba un panorama sombrío y hostil. En su interior, los Estados soberanos se presentaban como las unidades legales supremas en sus respectivos territorios.

Estos Estados actuaban como la organización legal a partir de la cual las naciones operaban en su búsqueda por alcanzar sus intereses internacionales. Según Morgenthau (1986: 579), el Estado “no es más que otra denominación de la organización compulsiva de la sociedad, del orden legal que determina las condiciones bajo las cuales la sociedad puede emplear su monopolio de la violencia organizada para la conservación del orden y la paz”.

Su construcción teórica comprendía un sistema internacional constituido por una multiplicidad de Estados nacionales autosuficientes, impenetrables y soberanos. Eso limitaría las opciones de quienes toman decisiones. Ante este panorama, las normas que emergen de la esfera universal surgen por la voluntad y el consentimiento entre los Estados y constituyen un orden jurídico descentralizado en el que sólo se encuentran obligados aquellos que se han adherido a las mismas. “No hay normas de derecho internacional que sean obligatorias aparte de las que ha creado para sí a través del consentimiento”, sentencia (Morgenthau, 1986: 363).

Bajo este paraguas, la integración es explicada en términos de equilibrio de poder. Ese mismo equilibrio de poder que, durante más de cuatro siglos, ha impedido que un Estado se hiciera del dominio del universo. En su razonamiento sobre la constitución de organizaciones supranacionales, se afirmaba la idea de que estas eran producto de la intención de diferentes naciones que buscaban ya sea quebrar o mantener el *statu quo*. Desde este punto de vista, algo similar podría trasladarse a los casos de la Comunidad Andina de Naciones (CAN), el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Unión de Naciones Su-

americanas (UNASUR), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) o la Alianza del Pacífico (AP). Dicho propósito, sostenía Morgenthau lleva necesariamente “a una configuración que se denomina equilibrio de poder y a las políticas que procuran preservarlo” (1986: 209). Las políticas tendientes a esta preservación, decía, no son sólo inevitables sino que además constituyen un “factor estabilizante en la comunidad de naciones soberanas”. En ese marco, aseguraba que “(d)os experiencias han dado nacimiento al movimiento en pro de la unidad europea: la destrucción provocada por la Segunda Guerra Mundial y la declinación política, militar y económica de Europa en los años subsiguientes” (Morgenthau, 1986: 138).

A partir de esta perspectiva la soberanía se tornaría indivisible, lo que provocaría que se tornara inverosímil la creencia en la posibilidad de ceder una porción de dicha soberanía a otros actores. Mucho menos creíble sería la alternativa de conformar mecanismos de seguridad colectiva, cuya *raison d'être* se encuentra asociada al acudir, independientemente de los intereses propios, en defensa de otro Estado miembro de la alianza, aun cuando ello pudiera conllevar el involucramiento en un conflicto armado. Así, Morgenthau se mostraba en las antípodas de quienes promulgan que los Estados podrían embarcarse en esquemas de seguridad colectiva y que estos últimos conllevarían el reaseguro de la paz. De hecho, auguraba que “(e)l intento de poner en funcionamiento la seguridad colectiva bajo tales condiciones no contribuirá a preservar la paz, sino que hará inevitable la guerra” (Morgenthau, 1986: 497). En el mundo de lo concreto, va a sostener, “independientemente del instrumento empleado, el fin último de la política exterior es siempre el mismo: promover los intereses propios mediante la variación de la mente del opositor” (Morgenthau, 1986: 387).

La integración desde el realismo estructural

Una segunda corriente del realismo en las Relaciones Internacionales es aquella que por concentrarse, esencialmente, en cómo el sistema internacional y sus restricciones estructurales impactan sobre el comportamiento de los Estados, ha recibido la denominación de “realismo estructural”. La herencia impresa en la búsqueda de Ferdinand de Saussure por hallar estructuras en el lenguaje o de Claude Lévi-Strauss en su intención por encontrar normas y leyes comunes a todas las sociedades, ha dejado su sello en este tipo de modelo, del cual, sin lugar a dudas, Kenneth Waltz es ungido como su principal exponente.

Waltz (1988a: 18) buscó suministrar una explicación unificada anclada en “generalizaciones empíricas previas”. Sin adoptar una definición concreta acerca del Estado, se concentró en estudiar cómo éste actúa - o debería actuar -. Es a partir de allí que lo dotó de contenido. Para ello, propuso un enfoque de análisis sistémico del cual se pretende dilucidar cómo la estructura del sistema internacional –anárquica, por la ausencia de un monopolio central del uso legítimo de la fuerza- asume un rol de fuerza limitadora y de disposición de sus principales unidades constitutivas: los Estados, a los que define como actores unitarios (Waltz, 1988b). Tomando en cuenta la estructura, el autor aseguraba: “podemos describir y comprender las presiones a las que están sujetas los Estados” (Waltz, 1988a: 107).

Para Waltz, la palabra “integración” - a la que hace referencia para describir la situación *entre* naciones - debía diferenciarse del vocablo “interdependencia”, que expresa dinámicas *dentro* de las naciones (Waltz, 1988a). Ambos representan, para él, conceptos distintos. Mientras que dentro de las naciones existiría una visible interdependencia, entre ellas no se produciría integración. Como ya se ha anticipado - y como es de esperar - Waltz encontraba la explicación de este fenómeno en el nivel de análisis estructural. Aseguraba que la estructura limita la cooperación entre los Estados de dos maneras interconectadas y marcadas a fuego por la inseguridad emergente del sistema internacional: las ganancias relativas y la independencia. Es decir, la propia lógica de la autoayuda las lleva a invertir sus esfuerzos en protegerse de las demás, aun cuando las naciones pudieran beneficiarse de una división de trabajo entre ellas.

Producto de la inseguridad que las aqueja, las unidades del sistema no se concentran en las potenciales ventajas absolutas que pudieran emerger de un proceso de integración, sino que ponen su atención en las ventajas relativas del mismo. Es decir, piensan no sólo en las ganancias que ellas pudieran lograr sino también en las que el otro pudiera obtener. Esta primera forma de “limitación estructural” conlleva la segunda, que se refiere a que, en un mundo de ganancias relativas, un Estado evita volverse dependiente de los demás. “Al igual que en otras organizaciones, los Estados procuran controlar aquello de lo que dependen, o disminuir el grado de dependencia”, asegura Waltz (1988a: 157).

Desde una mirada de este tipo, las alianzas regionales latinoamericanas tendrían una falla de origen. En un sistema caracterizado por el imperativo del “icuidese a sí mismo!”, la seguridad subordina los beneficios económicos al interés político y mayor contacto implica mayor proba-

bilidad de conflicto. A la larga, por más que se creen organizaciones internacionales, “sea o no por la fuerza, cada Estado conspira por seguir el curso que más favorezca a sus intereses” (Waltz, 1988a: 167).

La integración desde el realismo ofensivo

La tercera perspectiva realista que será abordada es aquella llamada “ofensiva”. Ella debe su nombre al hecho de que, si bien parte de los principios fundamentales del realismo, asume que éstos conllevan un tipo de comportamiento de los Estados que es esencialmente agresivo. Los Estados dejan de percibir al poder como un medio - como lo percibirían las vertientes defensivas entre las que podrían ser enmarcadas las de Morgenthau y Waltz - para pasar a concebirlo como un fin en sí mismo.

Al igual que Waltz, John Mearsheimer (2001) edificaba su mapa teórico a partir de la observación de los Estados poderosos. Estos últimos son los que constituyen sus unidades de análisis. Y si en los enfoques realistas clásico y estructural se descrea en la integración, es factible esperar que esta interpretación se exacerbe desde la visión ofensiva. Mearsheimer (1994/5) rechazaba que la construcción de instituciones internacionales fuera un buen consejo para el mundo. Si bien los Estados suelen establecer relaciones de cooperación, ésta se vería limitada por la competencia por la seguridad que ninguna cantidad de cooperación puede eliminar.

Como en el caso de Waltz, son las ganancias relativas las que representan uno de los factores claves para inhibir la cooperación. A ellas, Mearsheimer (1994/5: 12) le añadía la preocupación por el engaño. En cuanto a las ganancias relativas, resaltaba que “(s)i bien cada Estado quiere maximizar sus ganancias absolutas, es más importante asegurarse de que lo hace mejor, o al menos no peor, que el otro Estado”. Respecto de la posibilidad de engañar o ser engañado, Mearsheimer asumía que existe poco espacio para la confianza entre los Estados y, en ese sentido, ratificaba que “(l)os Estados son reacios a firmar acuerdos de cooperación por miedo a que el otro lado hará trampa sobre el acuerdo y obtener una ventaja relativa”. Esto se torna especialmente peligroso en el ámbito militar, donde asegura que existe un “peligro especial de defeción” (Mearsheimer, 1994/5: 13). El miedo se encuentra siempre presente.

Ante este panorama, las alianzas en América Latina deberían ser concebidas como matrimonios temporales de conveniencia, donde los socios

de hoy podrán ser los enemigos del mañana, dado que las intenciones de los Estados pueden cambiar rápidamente. Por estas razones, ellos no pueden depender de otros para sus alianzas de seguridad. En su artículo *A realist reply* (1995: 82), afirmaría que las instituciones - las cuales, desde su perspectiva, reflejan los cálculos de Estados autointeresados - “no pueden frenar el comportamiento de maximizadores de poder a corto plazo”.

Panorama oscuro para América Latina

Llegado a este punto, es importante descartar que no se trata de subestimar el poder explicativo de estos realismos. De hecho, existen varios indicadores por ellos propuestos que pueden apreciarse en la evolución de diferentes plataformas regionales en América Latina, desde la Organización de Estados Americanos (OEA) hasta la Alianza del Pacífico (AP). Existen ciertos principios que los realismos defienden que no pueden ser livianamente descartados. Entre ellos se destaca asumir: que una alianza regional es una manera de mantener o quebrar el *statu quo*; que la política exterior es un medio promover los intereses propios; que los Estados se resisten a ceder su soberanía a otras instituciones; que existe información imperfecta entre los actores que se suman a un mecanismo de integración; o que persiste una resistencia a constituir esquemas de seguridad colectiva.

El mayor inconveniente de estos enfoques radica en que sus estructuras impactan directamente en las conclusiones alcanzadas. Si las mismas fueran aplicadas al estudio de las alianzas regionales actuales en América Latina, se recaería en determinismos cargados de linealidades y espontaneidades, al mismo tiempo que se garantizaría la perpetuidad de ciertos procesos y la emanación de sombrías predicciones. Siguiendo la lógica realista, las fuerzas hacia la convergencia se reducirían a una mera dimensión utilitarista, incluso cuando la agenda de vinculación regional no solo se caracteriza por una alta diversidad, sino que suele ser comprendida como una manera de fortalecer a los (en general) débiles Estados latinoamericanos. Aquella visión pesimista de las dinámicas regionales parece ser construida mediante manos invisibles, en donde los autores diagraman racionalmente macro-teorías globalmente aplicables. Por su parte, el caos, las fluctuaciones, las inestabilidades y las bifurcaciones, tienden a ser ignoradas en un mundo signado por la irreversibilidad.

Más allá de sus diferencias, ha podido detectarse que las perspectivas realistas aquí abordadas asumen ciertos patrones comunes: el tiempo y el espacio parecerían no influir en sus cosmovisiones acerca de la

asociatividad regional. Así, aunque se trate de enfoques que sitúan su atención en actores y experiencias particulares y emergen en circunstancias y coyunturas puntuales, ellos construyen ideas de alcance universal, que podrían, supuestamente, aplicarse en cualquier lugar, en cualquier momento. Esto, por supuesto, carece de sustento empírico.

Una aproximación alternativa: contextualizar y corporeizar

Jean Paul Sartre sostenía que quienes atacaban al existencialismo compartían ciertos lugares comunes. Ellos, más allá de sus divisiones y heterogeneidades, creían en que “no hay que luchar contra los poderes establecidos, no hay que luchar contra la fuerza, no hay que elevarse por encima de la propia condición, toda acción que no se inserta en una tradición es romanticismo (...)” (Sartre, 1946: 4). Karl Popper, por su parte, vinculaba a la ciencia “normal” - tal cual la describe Kuhn - con un tipo de conocimiento adepto a aceptar las reglas del dogma del día a las que no deseaba desafiar y que sólo aceptaba una nueva teoría revolucionaria si casi todos los demás ya la habían aceptado - léase, si se ponía de moda -. En ese marco, Popper (1970, 52)¹ sentenciaba: “(d) desde mi punto de vista, el cientista ‘normal’, como Kuhn lo describe, es una persona que debería sentir pena de ello”.

Kuhn, sin embargo, ya había enfatizado que los paradigmas establecidos en las ciencias naturales diferían de las ciencias sociales y, por ello, cuestionaba a aquellos científicos sociales que buscaban “mejorar el estatus de sus campos” bajo la legislación paradigmática. “Están malinterpretando mi punto de vista”, se lamentaba (Walker, 2010). De lo expuesto en el apartado anterior podría inferirse que las aclaraciones del pensador estadounidense parecerían no haber tenido eco en el desarrollo de perspectivas teóricas des-corporeizadas y descontextualizadas.

Que estos enfoques hayan edificado su atractivo sobre la base de la simplificación paradigmática - mediante la omisión de las variables tiempo y espacio - y que, por ello, constituyan la opción más recurrentemente adoptada en el ámbito de las Relaciones Internacionales, no significa que este tipo de construcción conceptual represente la única salida. De hecho, siguiendo a la historiadora Marlis Steinert (2000: 425), se buscará demostrar que “(e)l uso de las teorías debe practicarse a la luz de un fin heurístico y de una manera ecléctica” y, sobre la base del

¹ Traducción propia.

primer teorema de la incompletitud de Kurt Gödel, se sostendrá que, bajo ciertas circunstancias, ninguna teoría es consistente y completa (Smullyan, 1992).

Una mirada sobre los tiempos que corren en América Latina demanda la necesidad de advertir las complejidades, contradicciones y dilemas que subyacen los debates en materia de integración. Para ello es importante comprender que es encuadre demanda evitar cuerpos conceptuales estáticos y absolutos. El foco de atención debería concentrarse, en cambio, en la indeterminación y el falsacionismo, tal cual proponía Karl Popper. Siguiendo su consejo, la evidencia anómala cobra un valor esencial para evitar caer en desafortunados reduccionismos. Se torna esencial rescatar las fuerzas que motivan tanto las divergencias como las convergencias, en un contexto cargado de idas y vueltas, de órdenes y desórdenes, y de movimientos hacia la cooperación y tensión al interior de los Estados y en la relación entre éstos y sus vecinos.

Miradas alternativas

“(D)esde su nacimiento, uno está tan acostumbrado a la concepción del tiempo aceptada por quienes lo rodean, que no sería capaz de imaginar que existe otra que a otros les parezca tan natural y lógica como a él le parece la propia” reflexionaba Roger Caillois (Indij, 2008: 13). Existen, sin embargo, visiones alternativas a aquellas que conciben al “tiempo” y el “espacio” como monarcas absolutos y universales. Con ese espíritu, se tratará de exponer, de modo general, la visión que cuestiona la vigencia de un mundo regido solamente por leyes newtonianas estrictas y que, en cambio, rescata también la existencia de las leyes del azar, del acaso, del desorden. El eje estará situado, fundamentalmente, en dos perspectivas alternativas: aquella que proviene de la filosofía popular china y la emanada de la idea de la irreversibilidad y del indeterminismo de Ilya Prigogine.

“Un ladrillo del paleolítico y un ladrillo del siglo XIX son idénticos, pero las edificaciones de las que formaban parte no tienen nada que ver: para ver aparecer el tiempo hay que tomar en consideración el todo”, escribe Prigogine (2008: 129). Para este multifacético premio nobel nacido en Moscú, vivimos en un mundo que es, de forma cercana a como lo pensaban los atomistas, fluctuante, ruidoso, caótico. Asume, como axioma primario, que la flecha del tiempo es irreversible. “Cuestiones tales como el origen de la vida, el origen del universo, o el origen de la materia, no pueden discutirse ya sin recurrir a la irreversibilidad”, sostenía en un simposio auspiciado por Honda en 1985 (Zerzan, 2008: 123).

Sin embargo, para Prigogine, tiempo y espacio no están dados de una vez por todas ni representan nociones universales y comunes a todos los observadores. Citando a Paul Davis, rescata la idea de que “(l)a división misma del tiempo entre pasado, presente y futuro parece desprovista de significación física” (Prigogine, 1996: 181-182). Prigogine se refiere al fin del temor por la “hipótesis indeterminista”, la cual ha cedido ante la teoría de la inestabilidad y el caos. Ésta última, a la que identifica con las “física de los procesos de no equilibrios”, le otorga una significación física fundamental a la flecha del tiempo, que permite identificar y comprender los principales rasgos de la naturaleza: su unidad y su diversidad. En ese sentido, las fluctuaciones y la inestabilidad juegan un papel primordial y, junto a ellas, “aparecen también las opciones múltiples y los horizontes de previsibilidad limitada” (Prigogine, 1996: 12). Así, Prigogine asegura que el futuro no está dado; que el universo es un gigantesco sistema termodinámico en donde pueden encontrarse, en todos los niveles, inestabilidades y bifurcaciones; y que, por ello, “vivimos el fin de las certidumbres” (Prigogine, 1996: 205).

Dicho, las dinámicas de integración en América Latina no pueden ser encapsulados. Menos en los tiempos de reconfiguración global que corren. Ello implica que cada acontecimiento o proceso debe ser interpretado según su propia temporalidad y lugar. Para ello debe asumirse que, en lugar de existir un tiempo y un espacio abstractos, homogéneos, lineales, progresivos y orientados, coexisten múltiples tiempos y espacios cargados simbólicamente. Cada uno de estos tiempo-espacio, como sostiene Immanuel Wallerstein (2005: 39), lejos de representar realidades externas inmutables, se encuentran en constante evolución y su construcción “es parte componente de la realidad social que analizamos”.

Walter Benjamin (1982: 23) expresa con delicia esta imagen cuando sostiene que “(d)entro de grandes espacios históricos de tiempo se modifican, junto con toda la existencia de las colectividades humanas, el modo y manera de su percepción sensorial”. Al respecto añade que dichos “modo y manera en que esa percepción se organiza, el medio en el que acontecen, están condicionados no sólo natural sino históricamente”. Y vale aclarar que, desde el punto de vista de este capítulo, esa historia no tiene su destino escrito ni su razón intrínseca, ni camina hacia ninguna dirección natural e inamovible.

Comprender lo que sucede en materia de regionalización en Latinoamérica requiere aceptar el hecho de que el sujeto que observa lo hace siempre en un determinado tiempo y desde un determinado lugar

y que, por lo tanto, también se convierte en objeto de un espacio-tiempo puntual. En ese sentido, como argumenta Max Horkheimer (1973: 234), “(l)os hechos que nos entregan nuestros sentidos están preformados socialmente de dos modos: por el carácter histórico del objeto percibido y por el carácter histórico del órgano percipiente”. Así, como decía Foucault (2008: 384), “el conocimiento positivo del hombre está limitado por la positividad histórica del sujeto que conoce”.

Analizar la evolución de la asociatividad regional significa identificar el movimiento y las complejidades que la entrecruzan, allanando el camino para desarrollar, como propone Ana Seitz (2010), un enfoque situado, libre de determinismos y antagonismos universales y perpetuos. El espíritu recae en la búsqueda por la contextualización y la corporeización del objeto, aceptando, asimismo, la imposibilidad de alejarnos de forma radical de él. Las alianzas regionales y la integración regional son términos amplios y polisémicos, demarcados por múltiples acepciones y formulaciones que deben ser abordados en función de tiempo-espacios determinados, cargados de contradicciones y virajes.

Una integración situada

La regionalización latinoamericana comprende una multiplicidad de alianzas que resultan clave en pos de ampliar los niveles de vinculación de los países, tanto regional como global. Estos ámbitos están condicionados por estímulos provenientes de un mundo cada vez más interconectado, lo que ha llevado a que los mecanismos y formas de concertación de la región hayan venido variando ampliamente, en términos de ejes y prioridades. Las recurrentes variaciones en los ciclos políticos, económicos y sociales a nivel global y doméstico, impactan directamente en América Latina, exponiendo algunas de las debilidades existentes en su interior.

La actual coyuntura es un ejemplo de lo dicho. Los cambios de administraciones que se han dado en Argentina, Chile, Brasil o Perú (sumados a los que se vienen por delante en el resto de continente), se complementan con factores de alta incidencia en el tablero mundial, tales como así las políticas fiscales, financieras y comerciales de Estados Unidos, el avance del proteccionismo y de las tendencias anti-globalizadoras en Europa, las negociaciones petroleras y la conflictividad en Medio Oriente y las negociaciones con Corea del Norte, o el sostenido ascenso China y Asia Pacífico. Todo ello se traduce en procesos de reconfiguración y replanteamiento de antiguas y nuevas

perspectivas. Esto impacta, sin lugar a dudas, en los procesos de regionalización. Prestarle atención al reordenamiento del sistema de alianzas en Latinoamérica, permite apreciar con mayor detenimiento su particularidad en materia de prioridades e intereses, mientras expresa la cristalización de un ecléctico mosaico político, económico, social y educativo (Comini y González Bergez, 2018).

Un estudio situado sobre las alianzas regionales que trascienda la des-corporeización y descontextualización, propia del realismo estadounidense, requiere tener en cuenta ciertas cuestiones. La primera de ellas es la diversidad que radica en la región. Ya sea en forma de coaliciones diplomáticas, de acuerdos de cooperación amplios o sectoriales, de organizaciones internacionales, de proyectos supranacionales o de asociaciones estratégicas, las alianzas han motorizado prolíficos trabajos (Riggiozzi y Tussie, 2012; Sanahuja, 2009; Briceño Ruiz, 2013; Serbin, Martínez y Júnior, 2012; Nolte, 2013).

En segundo lugar, debe reconocerse que los intereses de diversos grupos sociales y económicos, el poder político y la capacidad de las instituciones de convertir dichos objetivos en políticas públicas regionales efectivas, son factores relevantes al momento de conformar alianzas (Comini y González Bergez, 2018). En el marco de una compleja arquitectura institucional esencialmente intergubernamental (Oyarzún Serrano, 2008), la modificación de alguno de ellos suele impactar en las vinculaciones estratégicas ya alcanzadas (Leed, Mattes y Vogel, 2009). Como propone el constructivismo, un cambio de gobierno producto de la alternancia electoral propia de la democracia podría amenazar la continuidad de los pactos internacionales firmados. Esto, por el simple hecho de que los intereses del nuevo grupo político (y de los sectores que sobre los que descansa su poder y legitimidad) no respondan a aquellos evocados por sus predecesores (Leed, Mattes y Vogel, 2009). El retiro “transitorio” de seis de los miembros de la UNASUR ilustra abiertamente una situación de este estilo.

El apoyo social al gobierno de turno, la alternancia electoral, las pujas de poder entre los actores internos, la capacidad de las instituciones de responder y representar los intereses sociales, factores culturales o económicos y hasta la afinidad con diversos regímenes políticos (Leeds, Mattes & Vogel, 2009), demarcan las políticas de los Estados. Estos últimos, asimismo, se encuentran sistemáticamente inmersos en procesos de socialización (Wendt, 1992).

En tercer lugar, habría que recordar la heterogeneidad por la que atraviesa la región latinoamericana en la actualidad. Esta conlleva la

contraposición de proyectos políticos, modelos de desarrollo y estrategias de política exterior, que demarcan las fronteras de un escenario en el que resaltan lógicas de asociatividad atomizadas e individualistas y la ausencia de diagnósticos y soluciones colectivas. Esto se agrava ante el hecho de que la integración regional continúa siendo un tema de conocimiento de las élites (Achard, Silva y González, 1994), careciendo todavía de suficiente comprensión y soporte social. Sin contar el hecho que, además, persiste una baja participación de los restantes actores de los subespacios sociales, políticos y económicos nacionales que afectan (o se ven afectados por) estos procesos (Hooghe, 2003; Seligson, 1999).

Auge y desaceleración las alianzas regionales²

Las cuestiones mencionadas expresan un estado de situación delicado y riesgoso para América Latina. Plantea, además, un llamado a comprender las potenciales razones por las cuales las alianzas emergen en el subcontinente, los perfiles con los que pueden evolucionar y las causas de su posible erosión. Nada es tan simple como para reducirlo en una macro-teoría como las realistas.

Plataformas como la UNASUR, el MERCOSUR, la CARICOM, la AP o la Comunidad Andina de Naciones (CAN) emergieron por una combinación de factores que abarcan la conveniencia, modificación del *statu quo*, conexión de cuestiones, afinidad, valores, credibilidad, cohesión, proyección de liderazgo, diversificación, desvío de atención, o improvisación (Comini, 2017). Todos ellos estuvieron presentes a la hora de construir los consensos necesarios para materializar esos proyectos. Es decir, todos los miembros lo vieron útil de alguna u otra forma. Ese utilitarismo englobó desde el interés por alcanzar legitimidad externa para fortalecerse internamente por resolver un tema puntual. La conveniencia tiene una doble cara ya que presupone la coexistencia de intereses tanto divergentes como afines. Los estados asociados también percibieron la chance de modificar el *statu quo*. Son enormemente variados los objetivos vinculados a esta dimensión: garantizar la seguridad, la paz (propósitos defensivos), el equilibrio de poder, o hasta a hacer la guerra (ofensivo). Complementariamente, el alineamiento puede emerger a partir de la conexión de cuestiones. Esto significa que el mismo puede ser estimulado por la necesidad de vincular temas diferentes. Por ejemplo, en diferentes momentos de la historia, los

² Este apartado está basado en (Comini, 2017).

países de América Latina han fortalecido sus lazos enlazando agendas, muchas veces con la paz como trasfondo (Paradiso y Luna Pont, 2003).

También muchas de estas alianzas surgieron por la afinidad, entre algunos de (o todos) sus miembros. En política internacional, como en la interna, las relaciones interpersonales juegan un rol protagónico. Lejos de pensar en los Estados como entes unitarios y racionales, las decisiones individuales pesan a la hora de relacionarse unos con otros. Las acciones de los Estados son adoptadas por personas o grupos de personas que ocupan determinadas posiciones privilegiadas de poder, las cuales, también forman parte de redes que trascienden las fronteras nacionales. Esas redes (o “pequeños mundos” como las llaman Ilgaz Arıkan y Oded Shenkar (2017)) pueden estar arraigadas en cuestiones ideológicas, económicas, culturales, raciales o religiosas. Pueden incluir tanto a representantes oficiales como a intermediarios del sector privado o social. Lo emocional, signado por la historia, sí importa en la distinción entre amigos y enemigos (Comini, 2017). Por otra parte, en el armado de estos bloques los actores participantes siempre promulgaron la vigencia de determinados valores compartidos. La democracia, la paz, el no alineamiento, la neutralidad, la no agresión, la “contra-hegemonía”, el liberalismo, el post-liberalismo o la post-hegemonía, no solo representaron posicionamientos estratégicos entre diferentes actores sino que al mismo tiempo fueron (y continúan siendo) conceptos erigidos como valores identitarios.

Al mismo tiempo, estuvo siempre presente la búsqueda de credibilidad. La Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) fue constituida con el propósito de hacer creíble los procesos de reforma social en países como Venezuela, Cuba, Ecuador o Bolivia. La AP ha intentado mostrar a sus países (Chile, Colombia, México y Perú) como socios serios y ordenados, capaces de captar, fundamentalmente, inversión, comercio exterior y turismo. Cada cual a su estilo, dichas estrategias de asociación fueron diseñadas para adquirir mayor reputación, otro objetivo recurrente en el establecimiento de vínculos internacionales. Si a esto se le añaden razones como generar mayores niveles de cohesión, proyectar el liderazgo, diversificar las relaciones exteriores (o, en contraposición, restringirlas a partir de la fijación de “relaciones especiales” con determinados socios), desviar la atención de problemáticas domésticas o, incluso, improvisar.

Las mencionadas dinámicas desembocan en diferentes tipos de alianzas en la región, que pueden ser categorizadas según la cantidad de miembros, el grado de institucionalización, la duración, el alcance, la composición y la distribución de poder. Cada proyecto expresa

diferentes combinaciones entre aquellas categorías, razón por la cual merece ser interpretado como único e irrepetible. Aun cuando existan continuidades y similitudes.

Respecto de la cantidad de miembros, pueden distinguirse las bilaterales (dos miembros) y las multilaterales (tres o más). En Latinoamérica, los países suelen contar con ambos tipos en su cartera. En cuanto al grado de institucionalización, existen alianzas que son formalizadas, mientras otras se mantienen en la informalidad. Las formales son aquellas que implican acuerdos con fuerza legal que pueden materializarse, entre otros, en tratados susceptibles a ratificación, convenciones o acuerdos ejecutivos sectoriales. Existen autores que consideran que las formales son las únicas alianzas que cuentan (Leeds y Anac, 2005). No es este el caso. Las coaliciones ad hoc, los mecanismos y foros de diálogo son, aunque más flexibles e informales y menos institucionalizados, expresiones de alianzas tácitas.

Otro punto a mencionar es la duración, conviviendo alianzas temporales y permanentes. Ahora bien, su perpetuidad o fugacidad puede (o no) ser formalizada. Es decir, las partes involucradas pueden ponerle una fecha explícita de caducidad al acuerdo, rescindirlo de un día para el otro o dejarlo vivir por los siglos de los siglos, con o sin oxígeno. El “estado de coma inducido” en el que han dejado recientemente a la Unasur, suma a esa organización a un vasto conjunto conformado por instituciones como el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA) y la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), entre otras. Si bien ellas no han perdido su personería jurídica, lejos están de alcanzar sus objetivos fundacionales.

Complementariamente, debe destacarse el tema de su alcance. Y se ha mencionado la importancia de la vinculación de cuestiones como un potencial impulsor asociativo. Hay alianzas de alcance general materializadas en organizaciones formales que abordan una multiplicidad de temas de interés común. Sin embargo, existe la posibilidad (más común) de materializar alianzas (formales o informales) en sectores particulares, que pueden abarcar desde el comercio, la producción, la infraestructura, la educación o la cultura hasta la defensa y la seguridad. En ese sentido, las plataformas de materialización de la alianza varían según sector. De la capacidad de vinculación depende el *trade-off* de cada parte (Comini, 2017).

En términos de su composición, mientras que alianzas tienden hacia la homogeneidad, otras son profundamente heterogéneas. Las homogéneas exhiben cierta uniformidad, fundamentalmente por estar

compuestas por actores con perfiles similares en materia de régimen político, modelos de desarrollo, prioridades e intereses de política exterior o de condiciones geográficas y geopolíticas. La Alianza del Pacífico podría ser catalogada como homogénea, con posturas concentradas en la apertura y desreglamentación como herramientas para aumentar la competitividad e insertarse en el orden económico liberal, algo que ha comenzado a mostrar sus límites en México. Por el contrario, las heterogéneas son multiformes y no implican necesariamente similares condiciones políticas, ideológicas, económicas, religiosas o racionales. Poco tenían en común Colombia y Venezuela, por ejemplo, cuando se firmó el tratado constitutivo de Unasur.

Por último queda pendiente el tema de la distribución de poder. La principal diferenciación en este sentido es entre alianzas simétricas y asimétricas. En una relación de simetría se sobreentiende algún tipo de equidad, ya sea por su posición en la estructura de poder o a raíz de sus capacidades, formas o tamaños. Incluso los intereses pueden ser simétricos. La relación es fundamentalmente de interdependencia, aunque no sea exactamente equitativa ya que pueden evidenciarse jerarquías pero que no implican relaciones de dominación y dependencia. En la Comunidad del Caribe (CARICOM) existe cierta asimetría entre los miembros, inclusive cuando se evidencia un grupo de naciones menos favorecidas, como Antigua y Barbuda, Belice, Dominica, Haití o las Granadinas. A nivel bilateral, el acuerdo de libre comercio entre Chile y Ecuador de 2006 podría también ser incluido en esta categoría. Ahora bien, lo cierto es que en la gran mayoría de las alianzas se perciben asimetrías notorias. En la OEA, UNASUR o CELAC pueden identificarse actores dominantes que motorizan (o han motorizado en algún momento dado) un sistema de preferencias y prácticas para garantizar su posición dominante, ya sea a nivel regional como global. La garantía del control, entre otros, de recursos (materiales e ideales), mercados, finanzas y sistemas de seguridad, se torna para ellos un objetivo prioritario. A nivel bilateral, esta dinámica es muy común, no sólo en los acuerdos entre las potencias centrales y los Estados periféricos, sino también entre poderes regionales y sus vecinos (Comini, 2017).

Desaceleración y crisis de las plataformas regionales³

Ante la explícita transición por la que atraviesan las alianzas regionales en la actualidad, vale preguntarse acerca de las dinámicas que motivan

³ Este apartado está basado en (Comini, 2017).

su erosión. Para ser justos, la respuesta se halla, fundamentalmente, en las propias causas que llevaron a su edificación. Léase: los ciclos políticos, el poder, la cohesión y el liderazgo, el grado de institucionalización, los estereotipos, las amenazas, y los resultados.

Como ya se ha planteado a lo largo de este capítulo, América Latina ha transitado en los últimos años un cambio de ciclo político y se encuentra transitando lo que podría llevar, en el mediano plazo, a una nueva etapa. En ese sentido, las alianzas en la región se encuentran directamente atadas a los cambios políticos domésticos, los cuales a su vez están vinculados con modificaciones económicas, institucionales, sociales y/o culturales. En ocasiones da la sensación de que con la elección de un presidente o primer ministro deviene un barajar y dar de nuevo y que esta situación se repite constantemente, lo que suele reverberar en reconfiguraciones de los medios que (como una alianza) son considerados adecuados para alcanzar sus objetivos en materia de política exterior (Lasagna, 1996; Tokatlian y Merke, 2014; Russell y Tokatlian, 2009). El tema principal en este punto es que no todos los actores cuentan con el mismo margen de acción para dañar un acuerdo internacional, así como tampoco son susceptibles a sufrir las mismas consecuencias. El poder juega aquí un rol estelar. Al respecto, Anthony D'Amato (2011) sostiene que el poder y la ley se encuentran simbióticamente conectados, de manera tal que la ley pretende controlar al poder, mientras que al mismo tiempo necesita de él para adquirir capacidad de aplicación. Simultáneamente, el poder busca moldear a la ley a su imagen y semejanza.

Frente a este cuadro, una administración puede querer romper una alianza aduciendo problemas de cohesión y liderazgo. Desde el punto de vista de una nación poderosa, es frecuente el argumento de la distribución de las cargas de la alianza. El líder del bloque puede denunciar la vigencia de una distribución inequitativa de los costos para mantenerla activa. Esta era una recurrencia entre algunos miembros de Itamaraty hacia fines de los años 2000. En contrasentido, una alianza también puede resquebrajarse por la pérdida de capacidades de sus motores, algo que podría impactar directamente en su margen de construcción de cohesión y liderazgo. Volviendo al ejemplo anterior, podría sostenerse que la crisis actual de la Unasur se encuentra directamente ligada a la grave situación interna por la que atraviesan varios de los países de la región, sobre todo Brasil. Esto se agrava con la propia salida de su principal creador. Desde la mirada de los actores más pequeños de la alianza, las cosas pueden ser diferentes. Ellos pueden desear el fin de una alianza si el liderazgo de la misma se torna demasiado autoritario

y aumentan las resistencias a la subordinación. Desde otra perspectiva, su reclamo puede estar asociado a la vigencia de un liderazgo laxo, sin compromisos o inyección de recursos. Algo de esto podría recriminárseles a Brasil y Argentina en su accionar en el MERCOSUR.

El deterioro o la pérdida de gravitación de las alianzas en la región se minimiza o profundiza según su grado de institucionalización. La ruptura se torna más costosa si los niveles de coordinación de políticas y formalización son altos. Las etapas cíclicas de aceleración, estancamiento y retroceso de la OEA demuestran que no resulta tarea sencilla echar por tierra el complejo entramado de normas, estructuras, programas y burocracias sobre las cuales se cimienta la organización. Por el contrario, a menor coordinación e institucionalización, menores son las obligaciones adquiridas y los costos potenciales de ruptura (Comini, 2017). Ingresar al ALBA resulta tan sencillo como retirarse. Recientemente, algunos autores se refirieron a la “paradoja de la autonomía” de la UNASUR, que se complementa con falta de institucionalidad supranacional, dinámicas que habrían agravado la crisis del bloque (Nolte y Mijares, 2018).

Los estereotipos también cumplen también una función. Asociado al cambio de ciclo político, una alianza puede ser percibida por una nueva gestión como un “club de amigos” hecho a la medida de su antecesor. Más grave aún, hasta puede ser entendida como una plataforma diseñada para subordinarse a un determinado actor extranjero. La desconfianza en las contrapartes marca el pulso de la misma. El progresivo apartamiento de la OEA por parte de algunas gestiones latinoamericanas pasadas y su rechazo al proyecto de creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), estuvieron directamente vinculados con la percepción de que sendos espacios representaban mecanismos hegemónicos dominados por Washington. Mientras tanto, muchos de las administraciones actuales se alejan de la CELAC o la UNASUR por catalogarlas de “bolivarianas” (Blasco, 2018) o como “tribuna de discusión ideológica y política” (Perfil, 2018). En ese marco, Brasil y Argentina traccionan la “oposición ideológica/política a Venezuela” (Tussie y Riggiozzi, 2018).

Las alianzas pueden también erosionarse producto de la desaparición de una amenaza. Esta última puede asumir variadas facetas y naturalezas. Puede estar representada por Estado o conjunto de Estados, por una ideología, una religión o hasta una cultura. O hasta puede ser una combinación de todas ellas. Hasta puede ser un sistema de ordenamiento político, económico y social. En efecto, el temor al avance

del bolivarianismo fue un elemento clave para la puesta en marcha de la Alianza del Pacífico y, más tarde, del Grupo de Lima.

Ligada a los estereotipos, el desvanecimiento puede ser traccionado por asumir que la alianza adolece de resultados e impactos sustantivos. Los proyectos regionales suelen tener como punto de partida la intención de reformar o transformar determinadas realidades. Cuando la utilidad de aquellos deja de ser considerada relevante, el mismo corre peligro de extinción. Esta situación es particularmente delicada en los matrimonios por conveniencia y poco institucionalizados, una combinación de factores que suele intensificar la inherente inestabilidad de cualquier relación, sea ella bilateral o multilateral. Las nuevas formas de concertación regional que surgieron en América Latina durante la década de 1980 (y que se expresaron en grupos como los de “Contadora”, “apoyo a Contadora” o “Río” o en iniciativas como el “Consenso de Cartagena”) representaron una alternativa a la rigidez que proponía la ALADI y que pocos resultados demostraba. Resulta así evidente que para erosionar una alianza no es necesario decretar su defunción formal. A veces basta con dejarla viva, vaciándola de funciones y autoridad, algo que a su vez impacta negativamente en su capacidad de generar resultados concretos y visibles. Simplificando: se genera un círculo vicioso en el que la voluntad política de las partes (o la falta de ella) termina siendo la variable constante. Lo cierto es que la percepción sobre los resultados puede estar basada en numerosas razones objetivas e incluso ser resultado de emociones como la ansiedad, la primacía del corto plazo y la especulación (Digeser, 2016; Beckley, 2015; Moisi, 2009; Hoffman, 2002).

Concluyendo. Perspectivas para un estudio contextualizado y corporeizado

Nos encontramos transitando tiempos complejos, con alianzas que se mueven y redefinen en América Latina. La presencia de un complejo sistema de los esquemas regionales dentro del cual cada actor expresa intereses, agendas de prioridades y “hojas de ruta” da testimonio de un sistema cargado de “vías de escape” que los Estados suelen utilizar para desentenderse de sus obligaciones internacionales.

Las preguntas son ¿está el futuro determinado? ¿es esperable mayor fragmentación? La respuesta a la primera pregunta es “no”, aunque las linealidades que emergen de las macro-teorías realistas propongan lo contrario. La segunda, en cambio, envuelve una enorme cantidad de

problemáticas y dinámicas, por momentos superpuestas, por momentos complementarias. El pesimismo parece haber monopolizado los estudios sobre integración en América Latina. Razones para justificar tal estado de ánimo sobran. La proliferación de modelos de inserción comercial orientados a los países centrales y abocados a incrementar los flujos de inversión externa directa parecen situar a los esquemas regionales en una condición progresivamente marginal. Esto, en el marco de un contexto internacional hostil e inestable y de un subcontinente en plena transición política, torna dificultosa cualquier proyección al respecto.

El desafío parece estar en identificar los matices. ¿Qué pasa cuando los presidentes no logran reunirse en una cumbre regional?, ¿todo depende de que ello suceda?, ¿cómo evoluciona la definición e implementación de políticas públicas regionales en el marco de alianzas diferenciales?, ¿qué sucede con todas esas reuniones, acuerdos y proyectos que, aunque con dificultades, siguen avanzando de forma casi invisible? Un análisis sobre lo que sucede en la región debería evitar recaer en los lugares comunes del “todo o nada”, más allá del rótulo asignado a lo que se observa (cooperación, integración, conflicto).

Surge, así, una necesidad: generar alternativas a este tipo de miradas antidialécticas e identificar la enorme gama de colores existentes. Como se ha sostenido en otra oportunidad (Comini, 2017a), retomar la idea de mundos bipolares sería enormemente perjudicial para una región que debería relacionarse con todos, garantizando un verdadero pragmatismo. Así, una de las principales cuestiones que debe ajustarse es la relación entre los Estados. En Latinoamérica, el patriotismo implica integracionismo y, por lo tanto, multilateralismo. El individualismo a la hora de negociar con las grandes potencias es autodestructivo, al igual que lo es el hecho de que, a veces, los actores más grandes de la región tomen ventaja en sus negociaciones con los menores. Esa autoflagelación habrá de estar asegurada si los grandes actores siguen ganando espacio. El pesimismo destructivo construye anteojeras que no permiten detectar la complejidad de las “gammas y tramas de colores”, que en este caso se traducen en políticas públicas concretas, no necesariamente ajustadas a las miradas totalitarias, sean estas negativas u optimistas.

Ya hacia los mediados de la década de 1980 Luciano Tomassini argumentaba que los modelos teóricos ideales (fundamentalmente aquellos que se concentraban en la necesidad de construir instancias supranacionales) habían dado lugar a estudios concentrados en patrones exage-

radamente ambiciosos y unívocos, alentando de esa manera “actitudes de descalificación o escepticismo frente a las fórmulas menos nítidas de cooperación internacional” (Tomassini, 1990: 24). De hecho, espacios como la CAN, el MERCOSUR, la UNASUR, la CELAC o el Sistema de Integración Latinoamericana (SICA) contribuyeron a incrementar de manera significativa los niveles de interdependencia y los espacios de diálogo y debate entre los países de la región, aun cuando muchas veces su incipiente solidez se desvaneció precozmente en el aire.

Es por ello que resulta adecuado rescatar una propuesta para repensar la organización de la integración latinoamericana (Comini y Stola, 2016). Ello implica dos cuestiones. Por un lado, estudiar la manera de articular la compleja red de acuerdos, esquemas y proyectos que se encuentran vigentes. Hoy en día conviven una multiplicidad de procesos subregionales, regionales y continentales, los cuales han desarrollado un complejo corpus de acuerdos y disposiciones de alcance regional. Por otro, evitar recurrir a fórmulas axiológicas o a conceptualizaciones jerarquizantes, para lo cual es necesaria la edificación de una nueva manera de articular las políticas públicas regionales, transversal a las diferentes instancias institucionales ya existentes: OEA, UNASUR, MERCOSUR, CELAC, CAN y AP, pero también la ALADI.

La capacidad de predicción respecto de lo que irá a pasar en el mediano plazo está directamente intervenida por la velocidad con la que se vienen dando los cambios en los escenarios globales, regionales y locales. Lo que sí puede sostenerse es para que las políticas públicas regionales trasciendan a los gobiernos de turno y tengan un impacto directo en la mejora de la calidad de los pueblos es esencial generar mecanismos homogeneizados de control y fiscalización de instancias que participan en el proceso de generación e implementación de esas políticas. Los mecanismos de control deben comprender instancias legales y administrativas formales - que abarquen desde auditorías sistemáticas a parlamentos, poderes judiciales y organismos internacionales - e informales - observatorios o agencias de investigación y asesoramiento independientes - (Comini y Stola, 2016). Para ello no se requiere ni perspectivas de amigos-enemigos ni supranacionalismos.

La agenda es lo suficiente amplia como para abrir múltiples ventanas de diálogo. El escenario es desalentador, pero el optimismo debería ser lo último que se pierde. Grandes proyectos han emergido en trágicas etapas. La clave continúa estando en identificar las anomalías y las fuerzas hacia la convergencia, dado que, como se ha dicho más arriba, más allá de la existencia de regularidades y continuidades, la historia no

tiene su destino escrito ni su razón intrínseca, ni avanza hacia ninguna dirección natural e inamovible.

Referencias bibliográficas

- Achard, D., Silva, M. F., y González, L. E. “Las elites argentinas y brasileñas frente al MERCOSUR”, en *Banco Interamericano de Desarrollo*, No. 418, 1994.
- Acharya, A. *Global Governance in a Multiplex World*, *EUI Working Papers*, 2017. Obtenido de: <https://papers.ssrn.com/>
- Arikan, I., & Shenkar, O. National animosity and cross-border alliances. *Academy of Management Journal*, 56(6), 2013, pp. 1516-1544.
- Beckley, M. The myth of entangling alliances: Reassessing the security risks of US defense pacts en *International Security*, 39(4), 2015, Londres, pp. 7-48.
- Bell, D. *Political Thought and International Relations : Variations on a Realist Theme: Variations on a Realist Theme*. Oxford: Oxford University Press, 2008.
- Benjamin, W. *Discursos interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia*. Buenos Aires: Taurus, 1982.
- Bew, J. *Realpolitik: A History*, Great Britain, Oxford University Press, 2018.
- Blasco, E. “La implosión de Unasur: el final oficial de la era bolivariana”, en ABC, 25 de abril de 2018. Obtenido de: http://www.abc.es/internacional/abci-implosion-unasur-final-oficial-bolivariana-201804240220_noticia.html
- Borja Tamayo, A. “Los patrones históricos del continente americano y las limitaciones del realismo estructural”, en A. Borja, G. González, & B. J. Stevenson, *Regionalismo y poder en América: los límites del neorrealismo*, 1996, México, CIDE.
- Briceno Ruiz, J. “Ejes y modelos en la etapa actual de la integración económica regional en América Latina”, en *Estudios internacionales*, vol. 45, no. 175, 2013, Santiago de Chile.
- Comini, N. M., y Stola, I. (Eds.) *Políticas públicas regionales: un abordaje sectorial de la integración latinoamericana*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2016.
- Comini, N. “¿Por qué se desvanecen las alianzas?”, en *Archivos del Presente*, Revista N° 66., 2017, Buenos Aires.

- Comini, N. “Latinoamérica en blanco y negro”, en *Foreign Affairs Latinoamérica*, 28 de agosto de 2017a. Disponible en: <http://revistafal.com/latinoamerica-en-blanco-y-negro/>
- Comini, N. y González Bergez, T. “Las alianzas en América Latina”, en *Anuario de Integración*, 2018, Buenos Aires: Cries. 95-116. Disponible en: <http://www.cries.org/wp-content/uploads/2018/04/Anuario-2017-final.pdf>
- D’Amato, A., “Non-state actors from the perspective of the policy-oriented school. Power, actors and the view from New Haven”, en Jean d’Aspremont, *Participants in the legal system. Multiple perspectives on non-state actors in international law*, New York: Routledge, 2011.
- Deciancio, M. “International Relations from the South: A Regional Research Agenda for Global IR” en *International Studies Review*, 18(1), 2016, Oxford, pp. 106–119.
- Deciancio, M. El regionalismo latinoamericano en la agenda de la teoría de las Relaciones Internacionales. *Iberoamericana*, 16(63), 2016, Berlín, pp. 91-110.
- Digeser, P. E. *Friendship Reconsidered: What it Means and how it Matters to Politics*. Nueva York, Columbia University Press, 2016.
- “Faurie: Unasur se usa como tribuna de discusión ideológica y política, Diario Perfil, 6 de mayo de 2018. Obtenido de: <http://www.perfil.com/noticias/politica/jorge-faurie-la-unasur-se-usa-como-tribuna-de-discusion-ideologica-y-politica.phtml>
- Feng, L., y Ruizhuang, Z. “The typologies of realism”. en *Chinese Journal of International Politics*, 2006, Oxford, pp. 109-134.
- Fioramonti, L. *Regions and Crises. New Challenges for Contemporary Regionalisms*. Houndmills, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2012.
- Foucault, M. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2008.
- Freeden, M. “Interpretative realism and prescriptive realism”, en *Journal of Political Ideologies*, 17, 2012, Londres, pp. 1-11.
- Gómez-Mera, L. “International Regime Complexity and Regional Governance: Evidence from the Americas”, en *Global Governance*, 21(1), 2015, Utah, pp. 19–42.
- Hettne, B., Inotai, A. and Sunkel, O. (eds.) *Globalism and the New Regionalism*. Basingstoke: Macmillan, 1999.

- Hettne, B. and Söderbaum, F. "The New Regionalism Approach", en *Politeia* 17(3), 1998, RSA, pp. 6-21.
- Hofmann, S. and Mérand, F. "Regional Organizations à la Carte: The Effects of Institutional Elasticity" en Thazha Varkey Paul (ed), *International Relations Theory and Regional Transformation*. Cambridge: Cambridge University Press, 2012, pp. 133-157.
- Hoffman, A. M. "A conceptualization of trust in international relations", en *European Journal of International Relations*, 8(3), 2002, pp. 375-401.
- Horkheimer, M. *Teoría Crítica*. Barcelona: Barral, 1973.
- Hooghe, L. "Europe divided? Elites vs. public opinion on European integration" en *European Union Politics*, 4(3), 2003, pp. 281-304.
- Hurrell, A. "Comparación entre Europa y América: ¿qué clase de problemas? ¿qué clase de teorías?" en A. Borja, G. González, & B. J. Stevenson, *Regionalismo y poder en América: los límites del neorrealismo*. México: CIDE, 1996.
- Indij, G. *Sobre el tiempo*. Buenos Aires: La marca editora, 2008.
- Jacobs, A. "Realism" en S. Schieder, y M. Spindler, *Theories of International Relations*. New York: Routledge, 2014.
- Lasagna, M. "Cambio institucional y política exterior: un modelo explicativo" en *Revista CIDOB d'afers internacionals*, (32), 1996, Barcelona, pp. 45-64.
- Leeds, B. A., Mattes, M. y Vogel, J. S. "Interests, institutions, and the reliability of international commitments", en *American Journal of Political Science*, vol. 53, no. 2, 2009, Michigan, pp. 461-476.
- Leeds, B. A. y Anac, S. "Alliance institutionalization and alliance performance" en *International Interactions*, 31(3), 2005, pp. 183-202.
- Legler, T. "Post-hegemonic Regionalism and Sovereignty in Latin America: Optimists, Skeptics, and an Emerging Research Agenda" en *Contexto Internacional*, 35(2), 2013, pp. 325-352.
- Malamud, A. "Conceptos, teorías y debates sobre la integración regional" en *Brazilian Journal of International Relations*, 1(3), 2012, pp. 366-389.
- Malamud, A. and Gardini, G. L. "Has Regionalism Peaked? The Latin American Quagmire and its Lessons" en *The International Spectator*, 47(1), 2012, pp. 123-40.
- Malamud, A. and Schmitter, P. C. "The Experience of European Integration and the Potential for Integration in South America", in Alex Warleigh-Lack, Nick Robinson and Ben Rosamond (eds) *New Regionalism and the European Union. Dialogues, Comparisons and New Research Directions*. London and New York: Routledge, 2011, pp. 135-57.

- Maloy, J. S. *Democratic Statecraft: Political Realism and Popular Power*. Cambridge: Cambridge University Press, 2013.
- Mearsheimer, J. J. “The false promise of International Institutions” en *International Security*, 1994/5, pp. 5-49.
- Mearsheimer, J. J. “A realist Reply” en *International Security*, 1995, pp. 82-93.
- Mearsheimer, J. J. *The Tragedy of Great Power Politics*. New York: Norton, 2001.
- Moisi, D. *La geopolítica de las emociones. Como las culturas del miedo, la humillación y la esperanza están reconfirmando el mundo*, España: Grupo Editorial Norma, 2009.
- Morgenthau, H. J. *Política entre las Naciones. La lucha por el poder y la paz*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1986.
- Nau, H. *Perspectives on International Relations; Power, Institutions, and Ideas*. Washington DC: CQ Press, 2014.
- Nolte, D. y Mijares, V. “La crisis de Unasur y la deconstrucción de Sudamérica”, en *El Espectador*, 23 de abril de 2018. Obtenido de: <https://www.elespectador.com/noticias/el-mundo/la-crisis-de-unasur-y-la-deconstruccion-de-sudamerica-articulo-751730>
- Nolte, D., & Comini, N. M. “UNASUR: Regional Pluralism as a Strategic Outcome” en *Contexto internacional*, 38(2), 2016, pp. 545-565.
- Nolte, D. “Latin America’s New Regional Architecture: Segmented Regionalism or Cooperative Regional Governance?” en: *XXXI International Congress of the Latin American Studies Association (LASA)*, Washington DC, 2013.
- Oyarzun Serrano, L. “On the Nature of Regional Integration: Theories and Discussions” en *Revista Deficiencia Política*, 28(3), 2008, pp. 95-113.
- Paradiso, J. y Luna Pont, M. “Paz y Guerra en la trayectoria latinoamericana”. *Universidad & Integración* 1/03, Publicación de la Asociación de Universidades de América Latina y del Caribe para la Integración/AUALCPI, Buenos Aires, 2003.
- Peña, F. “Latinoamérica y el desafío de navegar un mundo multiplex. Amitav Acharya ayuda a reflexionar sobre la región en el escenario global”. Agosto 2017. Obtenido de: <http://www.felixpena.com.ar/index.php?contenido=negociaciones&neagno=informes/2017-08-amitav-acharya-ayuda-reflexionar-sobre-region-escenario-global>
- Popper, K. “Normal Science and Its Dangers” en I. Lakatos, y A. Musgrave, *Criticism and the Growth of Knowledge*. Cambridge: Cambridge University Press, 1970.

- Prigogine, I. *El fin de las certidumbre*. Chile: Editorial Andrés Bello, 1996.
- Prigogine, I. “El desorden creador” en G. Indij, *Sobre el tiempo*. Buenos Aires: La marca editora, 2008, pp. 129-133.
- Riggirozzi, Pía, and Diana Tussie “The Rise of Post-Hegemonic Regionalism in Latin America” en Pía Riggirozzi and Diana Tussie (eds.) *The Rise of Post-hegemonic Regionalism. The Case of Latin America*, 1–16. Dordrecht: Springer. 2012.
- Russell, R. y Tokatlian, J. G. “Modelos de política exterior y opciones estratégicas: El caso de América Latina frente a Estados Unidos”. *Revista CIDOB d'afers internacionals*, (85-86), 2009, Barcelona, pp. 211-249.
- Sanahuja, J. A. “Del regionalismo abierto al regionalismo postliberal. Crisis y cambio en la integración regional en América Latina”, en Martínez Alfonso, L., Peña, L. y Vázquez, M. (coords.), *Anuario de la integración regional de América Latina y el Gran Caribe*, no. 7, 2009, Buenos Aires: Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, pp. 12-54.
- Sanahuja, J. A. “La construcción de una región: Suramérica y el regionalismo postliberal” en Manuel Cienfuego and José Antonio Sanahuja (eds), *Una Región en Construcción, UNASUR y la integración en América del Sur*. Barcelona: CIDOB. 2010, pp. 87-136.
- Sanahuja, J. A. “Post-Liberal Regionalism in South America: The Case of UNASUR” en *EUI Working Paper*, RSCAS 2012/05.
- Sartre, J. P. *El existencialismo es un humanismo*. 1946. Obtenido de Webliboteca del Pensamiento: webliboteca.com.ar/occidental/exishuman.pdf
- Schmidt, B. C. “Competing Realist Conceptions of Power” en *Millennium: Journal of International Studies*, 2005, pp. 523-549.
- Seitz, A. E. *Integración Latinoamericana - Caminos, dilemas y desafíos*. Buenos Aires. IDICSO, 2010. Obtenido de Instituto de Investigación en Ciencias Sociales : http://www.salvador.edu.ar/csoc/idicso/trii_america_latina/publicaciones.htm
- Seligson, M. A. “Popular support for regional economic integration in Latin America” en *Journal of Latin American Studies*, 31(1), 1999, pp. 129-150.
- Serbin, A. y Ugarte, M. “Prevención de conflictos armados y sociedad civil en América Latina y el Caribe”, en Serbin, A. (Coord.). *Paz, conflicto y sociedad civil en América Latina y el Caribe*, Colección Pensamiento Propio: CRIES, ICARIA, IDRC, 2007, pp. 11-48.

- Serbin, A. “América Latina: ¿un multilateralismo sui-generis?”, en L. Martínez y H. Ramanzini (eds.). *Anuario de la Integración de América Latina y el Gran Caribe*, Buenos Aires: Cries, 2010.
- Serbin, A., Martínez, L., y Ramanzini Júnior, H., “El regionalismo post- liberal en América Latina y el Caribe: Nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos”, en Serbin, A., Martínez, L. y Ramanzini, H. (coords.). *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe. El regionalismo post-liberal en América Latina y el Caribe: Nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos*, Buenos Aires: Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 2012, pp. 7-18.
- Smullyan, R. M., *Godel's Incompleteness Theorems*, Oxford: Oxford University Press Inc, 1992.
- Snyder, G., “Mearsheimer's World Offensive Realism and the Struggle for Security”, en *International Security*, 2002.
- Söderbaum, F., *Rethinking Regionalism*, London/New York: Palgrave, 2016.
- Steinert, M. G., La decisión en materia de política extranjera: ensayo sobre la utilización de las teorías. En Duroselle, J.B., *Todo imperio perecerá. Teoría sobre las relaciones internacionales*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 424-439.
- Tokatlian, J. G. y Merke, F., “Instituciones y actores de la política exterior como política pública, en Acuña. C. H. (Comp.) *Dilemas del Estado argentino: Política exterior, económica y de infraestructura en el siglo XXI*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores y Fundación OSDE, 2014, pp. 245-312.
- Tokatlian, J. G., “Latinoamérica y el complejo integracionista: un concepto a debate”, *Desarrollo Económico: Revista de Ciencias Sociales*, 2012, pp. 475-492.
- Tomassini, L. (Comp.), *Nuevas formas de concertación regional en América Latina*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1990.
- Tussie, D. y Riggirozzi, P., “Las pujas no deberían ser sinónimo de crisis”, en *Clarín*, 9 de mayo de 2018. Obtenido de: https://www.clarin.com/opinion/cambio-rumbo-regional_0_rkf6AYyAG.html
- Vivares, E., and Dolcetti-Marcolini, M., “Two regionalisms, two Latin Americas or beyond Latin America? Contributions from a critical and decolonial IPE”, en *Third World Quarterly*, 37(5), 2016, pp. 866-882.
- Viotti, P. R., y Kauppi, M. V., *International Relations Theory*. United States: Pearson, 2012.

- Wallerstein, I., *Análisis de Sistemas-Mundo. Una introducción*, México: Siglo Veintiuno Editores, 2005.
- Walker, T. C., “The perils of paradigm mentalities: revisiting Khun, Lakatos and Popper”, en *Perspectives on Politics*, 2010, pp. 433- 451.
- Waltz, K. N., *El hombre, el Estado y la guerra*, Editorial Nova: Buenos Aires, 1959.
- Waltz, K. N., *Teoría de la Política Internacional*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988a.
- Waltz, K. N., “The Origins of War in Neorealist Theory”, en *Journal of Interdisciplinary History*, 1988b, pp. 615-628.
- Wendt, A., “Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics”, *International Organization*, vol. 46, no. 2, 1992, pp. 391-425.
- Williams, M. C., *The Realist Tradition and the Limits of International Relations*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- Zerzan, J., “Future primitive and other essays”, en G. Indij, *Sobre el tiempo*, Buenos Aires: La marca editora, 2008, pp. 120-124.